

¿Cómo podemos realizar hoy lo que es la Asamblea de Dios?

Samuel PROD'HOM

biblicom.org

La verdad sobre la Asamblea de Dios o la Iglesia es muy sencilla, como toda la Palabra, en cuanto no tratamos de conciliarla con nuestros propios pensamientos.

Fue el apóstol Pablo al que el Señor eligió para enseñar a los santos todo lo referente a la Asamblea. La verdad de la unión de los creyentes con Cristo en el cielo está ya contenida en la respuesta del Señor a Saulo en el camino de Damasco: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» ([Hec. 9:5](#)); Saulo aprende que, al perseguir a los santos, estaba persiguiendo a Jesús.

Desde entonces el Señor reveló a Pablo toda la verdad sobre la Asamblea: su carácter celestial, la unión de todos los hijos de Dios, judíos y gentiles, en un solo Cuerpo, del que Cristo es la cabeza glorificada en el cielo, así como todo lo relativo al orden y la administración ([Hec. 26:16-18](#); [Efe.](#), [Col.](#) y las dos epístolas a los [Cor.](#)).

En todos los lugares donde Pablo predicaba el Evangelio, los nuevos conversos se reunían como miembros del Cuerpo de Cristo y formaban la Iglesia o Asamblea de su localidad. Pablo, al dirigirse a los corintios, se dirige a «a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados santos, con todos los que en todo lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro» ([1 Cor. 1:1-2](#)). Esto es lo que son hoy los creyentes de una localidad. La verdad no ha cambiado. Pero, ¿cómo lo realizamos?

Los cristianos en todas partes estaban reunidos en o hacia el nombre del Señor ([Mat. 18:20](#)), y según las enseñanzas del apóstol tal y como las tenemos en las epístolas. En el culto, el primer día de la semana, tomaban la **cena** del Señor como el Señor la instituyó en la noche en que fue entregado; lo que él mismo le recordó a Pablo en [1 Corintios 11:23-25](#). Al mismo tiempo que recordaban al Señor que murió por ellos, en su mesa realizaban la comunión, no solo entre ellos, sino con todos los creyentes de todo el mundo.

La mesa en la Palabra es el lugar donde se realiza la comunión ([2 Sam. 9:13](#); [Mat. 22:1-11](#); [Apoc. 3:20](#) entre otros). En [1 Corintios 10:15-16](#), Pablo dice: «Como a sensatos os hablo; juzgad lo que digo. La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?» Se trata, pues, de una cuestión de comunión y no solo de recuerdo. Tener comunión es tener una participación común en la misma cosa. Esta comunión se realiza no solo con respecto a la sangre y el cuerpo del Señor, sino entre todos los miembros del Cuerpo de Cristo, según el versículo 17 de este capítulo 10: «Porque nosotros, siendo muchos, somos un solo pan, un solo cuerpo; porque todos participamos de un solo pan». Este pasaje introduce otra verdad importante: que el

pan en la Mesa del Señor es la expresión de todo su Cuerpo espiritual compuesto por todos los creyentes, mientras que en la cena representa el cuerpo de Cristo en la cruz. Por lo tanto, cada asamblea reunida en torno a la Mesa del Señor es en su localidad la expresión de toda la Asamblea. El pan se parte como miembro del Cuerpo de Cristo y no como miembro de ninguna iglesia o denominación cristiana en particular. Para lograr esta unidad, un creyente que es recibido en una asamblea, es recibido en todas las demás asambleas sobre la base de una carta de recomendación, porque este miembro del Cuerpo de Cristo ha sido recibido en una asamblea que representa a toda la Asamblea, ya sea que esté compuesta por solo dos o tres, o por dos o trescientas personas. Así, las asambleas no son independientes unas de otras. Del mismo modo, si un miembro es excluido de una asamblea, queda excluido de todas las demás.

Estas son las verdades muy simples que eran realizadas en el tiempo de los apóstoles en cada asamblea. Pronto todo se echó a perder por la mano del hombre, al igual que todo lo que se le confió a su responsabilidad. Pero lo que es de Dios permanece: su Asamblea tal como es vista por él según sus consejos, el resultado de la obra de su Hijo, edificada por él, así como toda la verdad: nada cambia. Es la Asamblea de Dios; y su Palabra tiene la misma autoridad hoy que en los mejores días de la Iglesia. De modo que, si queremos conformarnos a ella, tenemos en ella los recursos inmutables para realizar lo que es la Asamblea según el pensamiento de Dios en medio de las ruinas de la iglesia profesada. Podemos, como los discípulos del principio, perseverar «en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones» (Hec. 2:42).

Hoy en día, cuando los hijos de Dios están dispersos y divididos en diversas congregaciones, con principios más o menos erróneos, ser hijos de Dios en una misma localidad ya no es la única razón que nos permita reunirnos todos. ¿Qué más se necesita que al principio para reunirse según la Palabra? La propia Palabra nos enseña.

El Señor permitió que se introdujera el mal doctrinal en una asamblea mientras el apóstol Pablo aún vivía, para que pudiera darnos la enseñanza bíblica que necesitamos hoy en día, donde la falsa doctrina está por todas partes, y para que podamos realizar lo que es la Asamblea como al principio, según la verdad de Dios, que es inmutable como Él.

La enseñanza que necesitamos, y que no era necesaria cuando Pablo reunía a los que habían recibido el Evangelio, se encuentra en la Segunda Epístola a Timoteo.

En aquella época había cristianos que enseñaban errores; se habían apartado de la verdad y derribaban la fe de algunos diciendo que la resurrección había tenido lugar (2 Tim. 2:18). «Pero», dice el apóstol, «el sólido fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de la iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor» (v. 19). En medio del cristianismo, donde el mundo se ha introducido, y donde es imposible conocer a todos los verdaderos creyentes, tenemos la preciosa seguridad de saber que el Señor los conoce. Pero hay lo que se refiere a la responsabilidad de cada uno de los que pronuncian el nombre del Señor: apartarse de la iniquidad, no asociar ese nombre con la iniquidad o la injusticia. La injusticia no designa pecados graves, sino enseñanza injusta, contraria al pensamiento de Dios. ¿Era correcto decir que la resurrección ya había tenido lugar?, lo que derribaba la fe de algunos. La inmoralidad y la violencia son pecados graves que suscitan la indignación general; pero dejar de lado la opinión de Dios, claramente establecida en su Palabra, para proponer la propia es igual de grave, aunque escandalice menos a los hombres. Por lo tanto, podemos permanecer en comunión con tal mal, que encontramos bajo tantas formas en la cristiandad. Al igual que los vasos de honor no pueden ser utilizados por el dueño de la casa mientras estén mezclados con vasos de deshonor, así los que pronuncian el nombre del Señor no pueden serle útiles mientras permanezcan asociados con el error, y no podemos purificarnos del error que separándonos de los que lo admiten o de los que permanecen en comunión con ellos, mientras no lo admiten ellos mismos (v. 20-21). Por lo tanto, hay que purificarse de él y huir del mal bajo todas sus facetas, y en lugar de quedarse solo (pues es individualmente como hay que apartarse del mal), hay que perseguir la justicia, la fe, el amor, la paz con los que invocan al Señor con un corazón puro. Entonces, quien actúe así será un vaso útil para el Maestro, preparado para toda buena obra.

Una vez separados del mal, los cristianos fieles encuentran todas las enseñanzas sobre la Iglesia todavía intactas en medio de la ruina. Pueden realizar lo que el apóstol Pablo enseñó al principio. ¡La verdad no cambia!

La separación del mal se requiere para comer la cena en la mesa del Señor; el mal no puede estar en comunión con esta Mesa. Si incluso los cristianos que no tienen personalmente doctrinas falsas participan en una mesa donde se recibe a los que tienen doctrinas falsas, se identifican con esa mesa, y al volver a una mesa que es pura de mal, la llevan a la comunión con ese mal. Esta verdad se enseña en [1 Corintios 10:19-22](#), donde vemos que los corintios, al participar en mesas de ídolos al mismo tiempo que en la mesa del Señor, ponían la mesa del Señor en comunión con

la mesa de los demonios. Hoy no tratamos con la idolatría, pero el principio es el mismo. Si admitimos en la Mesa del Señor a creyentes que tienen errores, ponemos esta Mesa en comunión con el error, así como todas las asambleas que están en el terreno de la verdad. Esto es lo que muchos queridos hijos de Dios no pueden o no quieren entender. Algunos dicen que lo que concierne a una asamblea no concierne a las otras; esto es la independencia. Otros dicen: tomo la Cena para recordar a mi Salvador, no me preocupan los demás; esto es negar la comunión. Y notemos que la Cena no es la Cena del Salvador, sino la del Señor, de Aquel cuya autoridad reconocemos, a quien debemos estricta obediencia, pues somos su propiedad, habiendo sido comprados a gran precio.

En una localidad donde hay cristianos reunidos bajo varias denominaciones, los que se separan del mal para ser fieles al Señor, ¿son la Asamblea de Dios de esa localidad? ¡No, en absoluto! La asamblea en una localidad se compone de todos los hijos de Dios que viven allí, conocidos o desconocidos; pero los que se reúnen según la Palabra representan esta asamblea local y también la Asamblea universal. En lugar de creer que solo ellos son la Asamblea de Dios en la localidad, cada vez que se reúnen en torno a la Mesa del Señor, ven a la Asamblea local y universal expresada por el único pan según el versículo 17 de este capítulo 10 de 1 Corintios: abrazan en sus pensamientos y corazones a todos los ausentes, apenados por su ausencia, apenados por no poder tener comunión con todos ellos. Solo así se puede realizar la preciosa verdad de la unidad del Cuerpo de Cristo en medio de la ruina actual de la Iglesia responsable, en contraste con las iglesias o corporaciones independientes entre sí, reunidas en contra de las enseñanzas de la Palabra de Dios.

El deseo de ser fiel al Señor debe ser más precioso en el corazón del redimido que el disfrute de la comunión con todos los hijos de Dios, y no le impide amarlos a todos. Estar separado es causa de sufrimiento, pero si es para obedecer al Señor, el pensamiento de su aprobación y el disfrute de su presencia dan valor. Si pronunciamos el nombre del Señor, lo que significa reconocer su autoridad, su señorío, debemos guardar su Palabra y no negar su nombre, el nombre del Santo y Verdadero ([Apoc. 3:7](#)). Debemos aceptar no ser comprendidos por nuestros propios hermanos; ¿quién ha sido menos comprendido que el Señor? Podemos estar satisfecho con ser comprendido por Él.

Obedecer primero y disfrutar después debe ser la norma del cristiano, en lugar de buscar el disfrute a costa de la verdad. El Señor tendrá en cuenta el sufrimiento que supone no poder caminar con todos los hijos de Dios.

El apóstol Juan dice: «En esto sabemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios y guardamos sus mandamientos» (1 Juan 5:2). Mientras que muchos dicen: “En esto sabemos que amamos a los hijos de Dios, cuando todos caminamos juntos, no importa cómo interpreten la Palabra, porque todos somos hermanos y todos estaremos juntos en el cielo”. El amor no puede ser separado de la obediencia a la Palabra de Dios, a sus mandamientos. Esta obediencia será la manifestación del verdadero amor hacia Dios y hacia sus hijos (véase Juan 14:21-23).

Debemos amar a todos nuestros hermanos; pero hay un dolor al no poder demostrárselo caminando con ellos.

Debemos soportar la humillación del actual estado de división y desobediencia, y asumir nuestra gran parte en esta ruina de la Iglesia y en la división de tantos hijos de Dios que forman parte del Cuerpo de Cristo, esa Asamblea única e indivisible en cuanto a su posición ante Dios; esto nos preservará del orgullo al que nos exponemos fácilmente si nos aislamos en nuestros pensamientos y en nuestros corazones.

Que el Señor nos conceda a todos caminar en la verdad durante el corto tiempo que nos separa de su pronta venida.

Visto y leído...

“Se ha dicho, y con bastante acierto que, en los primeros días del cristianismo, había congregaciones de creyentes, pero **¡no había “Congregacionalistas”!** Que los creyentes fueron bautizados, pero **¡no eran “Bautistas”!** Que había presbíteros o ancianos en sus asambleas, pero **¡no se dieron el nombre de “Presbiterianos”!** Que tenían método en sus cultos, pero **¡no por eso se llamaron “Metodistas”!** Que cada iglesia tenía sus obispos, pero **¡no por eso era una “Iglesia Episcopal”!** Que se llamaban hermanos, pero **¡no “Los Hermanos”!**”

E.B.

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 1933, página 205